

1

El reparto

El Segador

Hoy, Pedro «el Sapo» me ha pegado en los billares. No le gusta que mire a su novia, la Lucía.

Padre y Madre se han matado en un accidente.

Todo el mundo está llorando.

Mañana a Pedro lo voy a descalabrar.

* * *

La tía Angustias dice que no sabe qué va a hacer conmigo.

Me ha pellizcado en la espalda por lo que le hice al gato. Dice que soy perverso.

No he llorado. Ella sí.

* * *

La tía Angustias tiene novio, cree que no lo sé. Es el Bernardino.

He roto todos los cristales del coche del Bernardino.

La tía Angustias me tiene miedo.

* * *

El Bernardino ha hecho llorar a la tía Angustias. Creo que la deja. Seguro que es por mi culpa. Que se joda.

Le he metido mano a la Lucía. Si se lo cuenta a alguien, le cortaré las tetas.

Mañana pincho las ruedas del coche del Bernardino.

* * *

La tía Angustias ronca cuando duerme.

La he despertado. ¡Qué fea está en bolas!

Me la he follado.

* * *

La tía Angustias estaba en la bañera con las muñecas sangrando.

Se las había cortado ella.

Aún respiraba.

* * *

Hoy entierran a la tía Angustias. Todo el mundo dice que se suicidó y me dan palmadas y abrazos y dicen que lo sienten.

Al Bernardino lo he visto de lejos. Me miró con odio. Y con miedo.

He dormido en la cama de la tía Angustias. Olía a añejo. No se lavaba mucho, la muy cerda.

Han aparecido parientes por todas partes. Parecen cucarachas. Por lo de la herencia. No hay mucho que heredar y menos para ellos. Hemos hablado. No creo que vuelvan.

* * *

Me largo de esta mierda de pueblo.

Me aburre.

* * *

Hoy me he chutado dos veces.

* * *

Me he hecho a una vieja; le saqué doscientos.

* * *

Me he hecho a un viejo; apenas llevaba cincuenta pavos. Me ha cabreado. Al final daba un poco de asco.

* * *

Anoche pegué un polvo. Un condón reseco me colgaba de la herramienta. No me acuerdo de con quién lo he hecho. Espero que fuera una tía.

* * *

Esta mañana me han pillado dos niñatos. Me zurraron con un bate de béisbol. Me hice el muerto y, cuando se acercaron a robarme, les di bien. Uno pierde el ojo seguro. Al otro le pateé las pelotas hasta el ombligo.

* * *

No sé qué día es. He encontrado cincuenta euros en el bolsillo y la boca me sabe a mierda.

* * *

No sé cómo me llamo.

* * *

Le he reventado la cabeza a una maruja que venía del mercado. No llevaba mucho en la cartera, pero me he llevado el carro de la compra. He comido bien.

* * *

Tengo las muñecas llenas de cortes. Creo que he intentado suicidarme.

* * *

A tomar por culo.

* * *

Estoy en una pensión para putas y yonquis. Tomo la escopeta y me la meto en la boca, no tiene sentido seguir así.

De repente, me quedo paralizado. Me invade un frío intenso y comienzo a temblar con violencia.

Nunca he sentido nada igual.

La escopeta cae al suelo.

El cuarto desaparece.

Contemplo lo Absoluto, la Perfección.

Luego nada.

No estoy muerto, no. Jamás he estado tan vivo.

Tampoco estoy solo. Él está conmigo, el Creador de la perfección.

Siento un intenso deseo de zambullirme en su Seno, en la paz.

Él me habla.

Son palabras e imágenes.

Me muestran lo ocurrido hace una eternidad. Una lucha entre dos bandos. Uno buscaba el equilibrio; el contrario, el caos. Él se encargó de mantener la quietud y confrontó a sus enemigos, pero huyeron apabullados ante su poder.

Las escenas desaparecen y vuelve la paz. Él me desea que yo comparta la paz. Sin embargo, los enemigos ansían destruir esa belleza absoluta.

Me siento conmovido, al borde de las lágrimas.

Él enjuga mi llanto y me hace fuerte. Me habla:

Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas.

Arrasa a los falsos predicadores, aquellos que claman contra mi nombre y lo ensucian al pronunciarlo.

Tú serás el Segador.

Tu hoz descabezará a aquellos que me desafían.

Aprenderán a temerte porque sabrán que tu palabra es la mía.

No sé cuánto dura mi iluminación.

El tiempo nunca me ha preocupado demasiado. Ahora sí, porque tengo un propósito: encontrar a los enemigos, acabar con ellos. Segarlos.

Él cuenta conmigo. Me ha mostrado la forma para caminar junto a ellos sin despertar sus recelos.

Será duro.

Cuando todo termine, mi recompensa será volver a su lado. Me sumaré a la perfección. A la Paz.

Años más tarde...

El detective

«Cuando una puerta se cierra, se abre una ventana».

«El tiempo todo lo cura».

«No hay mal que cien años dure».

«En cien años, todos calvos...».

«...En cien años todos calvos».

Y en eso sí que habían acertado, que el rodal carnoso asomaba impertinente entre el pelo peinado hacia atrás con mimo. Por lo demás, las frases de consuelo consiguieron irritarle hasta lo indecible.

No sabría decir si lo más duro fue el divorcio; esa bestia de mirada fría y fauces sonrientes:

«Adiós, querido. Fue bonito mientras duró. Lo siento, me llevo a la niña, el piso y tu corazón. A ti ya no te van a hacer falta».

Con toda la miseria, desesperación, dolor y el vacío final que trajo en su cola erizada...

«Tienes que mirar hacia delante. Rehacer tu vida».

...O los compasivos samaritanos que acudieron más adelante a medrar en su dolor cuando decidió que tras haberlo perdido todo miraría hacia delante, pero a su manera. A los que quisieron darle palmadas en la espalda, los envió al carajo.

—¡Aguirre, cabrón!

El impropio voló un día en el que el aludido entraba a la jefatura. Nadie se hizo responsable, aunque apartaron la mirada ante la llegada del tipo que no quería nada de nadie: el detective Aguirre.

—Cierto —había sido su respuesta—. Y pego hostias como panes, no lo olvidéis.

A más de uno le habría encantado verle derrumbado, y ese era un alimento que no iban a recibir.

Su mujer, exmujer, se la pegó con un vecino. Él lo averiguó y discutieron; Aguirre se puso agresivo, la llamó perra, zorra, lagarta, y cuando se quedó sin animales, fue a emborracharse. A partir de ese día, la cosa solo fue a peor. Él ya no intentaba mantener el control y discutían a todas horas.

Ella acabó por denunciarlo alegando maltrato psicológico.

—Describe a qué se refiere con maltrato psicológico, señora.

—Me grita a todas horas. Nos asusta, a mí y a la niña...

Falso. Se preocupó de no discutir jamás delante de la cría.

—Sentimos terror cuando él llega a casa. He tenido que encurrarme varias veces con ella en mi propio dormitorio porque él suele venir borracho.

Y más acusaciones. Aunque no demasiadas, porque él renunció a defenderse.

No había querido entrar en el juego. «No quiero que la niña sufra», pensó entonces. Y se lo dijo a su abogado:

—No quiero arrastrarla por el fango, la cría tiene cinco años.

Jamás hubiera admitido que fue su propio hastío lo que le llevó a ceder. El convencimiento de que, hiciera lo que hiciese, no se iba a librar de las noches en vela ni del desasosiego que se retorció en sus tripas como una serpiente. Lo mejor era acabar con el asunto lo antes posible. Que ella se lo llevara todo, a él no le apetecía seguir con esas mierdas.

Tomó una decisión y la ejecutó. Punto.

Nada de mirar hacia atrás. Punto.

Ahora tenía un trabajo del que ocuparse. Punto.

Levantó la vista del dossier sobre el regazo que justificaba la cabeza vencida. Llevaba una hora en el despacho, inmerso en el pasado. Interrumpió el gesto que buscaba el tabaco en el bolsillo. No se podía fumar allí dentro. Le parecía una medida estúpida;

era su despacho, ¿qué más daba que estuviera lleno de humo? Había expresado su fastidio en voz alta cuando entró a formar parte de la Brigada de Intervención Especial. Una mirada fría por parte de la agente encargada del protocolo zanjó la discusión.

Apretó los puños. Necesitaba un pitillo y también un café.

Le produjo tristeza comprobar cómo las cosas habían tardado poco en recuperar un tono de rutina, de normalidad: los mismos gestos, los mismos complejos, los mismos miedos, las mismas manías, los mismos vicios. Rio para sus adentros; al menos ya no tenía que preocuparse de lo mucho que su ex odiaba el tabaco. Le repugnaba el olor y siempre se lo había echado en cara cuando él iba a besarla.

—¡Es igual que meter la lengua en un cenicero!

Llegó un momento en el que él decidió que, si ella quería un beso, tendría que pedírselo. Ella nunca lo hizo. Más tarde se enteró de que el vecino fumaba puros. Supuso que no era sobre su boca donde ella colocaba los labios.

Agitó la cabeza al notar que le invadía la desazón, igual que cada vez que daba un repaso a su vida.

Se incorporó y se ajustó el pantalón, procurando ignorar la incipiente barriga.

La curva de la felicidad. Otra perla de sabiduría popular.

—¿Da su permiso, señor?

Un agente de la brigada aguardaba en la puerta entreabierta.

—¿Qué hay, Aguado? —exigió impaciente. Quería ese pitillo de inmediato.

—Es él, señor. Otro sacerdote, el padre Ambrosio Luján. Descubierta por los bomberos cuando fueron a apagar un incendio en la iglesia de la Santísima Trinidad. —Se humedeció los labios—. Los bomberos declaran que el incendio fue provocado. Han rociado el confesionario con gasolina y le han prendido fuego con el cura dentro.

—¿Estáis seguros?

—Nuestra gente está examinando el escenario, pero los bomberos han encontrado restos de un acelerante.

—Me refiero a si estáis seguros de que esto es cosa suya.

—Había restos de cinta aislante y el padre Luján tenía varios huesos fracturados y, además, la cita sobre el altar estaba escrita con sangre: «Mete tu hoz aguda...».

Aguirre detuvo al otro con un gesto de la mano.

—Conozco la cita, agente.

—Claro, señor. —Carraspeó—. Los detalles coinciden con los de otros crímenes. Así que, sí, estamos seguros. Le he traído el expediente del caso; cuando acabe de repasarlo, los de arriba quieren que acuda al lugar de los hechos.

Aguirre se dejó caer en su silla. El cigarrillo iba a tener que esperar.

